

EN LA PLAYA

EPISCOPADO

El inerte anciano de tranquilo aspecto, porte mesurado y nevada cabellera llegó jadeante á las puertas de la orgullosa Roma, y penetró en la ciudad, apoyado en tosco báculo, con los pies llagados, empolvada la túnica y sudoroso el rostro por el cansancio y trabajos del camino.

Era Pedro, el rudo galileo, el famoso pescador de Tiberiades. Aunque no fue llamado el primero para formar parte del colegio apostólico, Jesucristo, el Hombre-Dios, al asentarse del mundo, lo eligió como cabeza de todos, y quiso que los Apóstoles estuviesen subordinados a él, como a centro de unidad. Fué constituido por el mismo Jesucristo Piedra y Fundamento de la Iglesia, Rector Pastor y Maestro de todos los fieles, Pontífice supremo, Monarca visible del reino visible de Dios en la tierra, es decir, de la Iglesia católica, apostólica romana, la única verdadera, fundada por Jesucristo Dios y Hombre verdadero.

A él, a Pedro, y en él a sus legítimos sucesores confirió el mismo Jesus el Primado central y universal de toda su Iglesia; el cual no es sólo un Primado de honor por su elevada posición, ni un Primado de excelencia por las dotes personales del individuo, ni un simple Primado autoritativo creado por delegación de los demás miembros; sino un Primado de verdadera, real y universal jurisdicción sobre todos los fieles recibido directa e inmediatamente del Hombre-Dios, de Jesucristo.

A Pedro y a sus sucesores los romanos Pontífices nombró y constituyó Jesus depositarios del dogma, de la doctrina y verdades reveladas, de esa revelación divina que con la venida de Jesus, llegó a su punto culminante, a su complemento y perfección, en la Religión católica, apostólica, romana por El fundada: pues la humanidad ya no tiene que esperar otra nueva revelación, ni otra religión, ni otro Mesías; porque los labios divino-humanos de Jesus pronunciaron la última palabra, el último Evangelio y la última revelación, que El depositó en manos de su Vicario.

Y porque Jesucristo quiso confiar ese depósito divino, esa revelación divina a su Vicario, para que éste la custodiase, enseñase e interpretase, quiso también el mismo Jesus conceder a su Vicario el don de la infali-

bilidad, don sobrenatural, en virtud del cual asistido el Papa por una gracia y providencia especial de Dios, cuando como Doctor y Maestro universal de la Iglesia define solemnemente una doctrina sobre la fé o la moral para que sea creída por los fieles, no puede errar, es infalible; y lo es porque así ha querido Dios garantizar sus definiciones solemnes y dogmáticas, a fin de que el asentimiento racional y libre que mediante la gracia divina prestamos a las verdades reveladas superiores a nuestro entendimiento, y que la Iglesia nos propone para creer, descansase segurísimo en el argumento y motivo sobrenatural de la autoridad de Dios que revela la verdad, y del magisterio infalible de su Iglesia que así nos lo enseña.

He ahí porque, como ha dicho un autor moderno, el Papa, considerado en sus relaciones con Jesucristo, es un MISTERIO, objeto de una ley profunda; y considerado en sus relaciones con la Iglesia, el Papa es un MILAGRO, objeto de un asombro sin límites. Es el prodigio permanente del catolicismo.

En él se encuentra lo que pudiéramos llamar doble personalidad: una la del hombre, débil, flaco, tierra y polvo como los demás; o si quereis la del sabio, filósofo, artista, doctor particular, todo lo que también puede ser patrimonio de otros; la otra, la personalidad propia, exclusiva, única, del Papa, del Vicario de Jesucristo, del lugarteniente de Dios: el Doctor universal, el Maestro infalible de la Iglesia, que no puede errar, en cuanto atañe a las definiciones dogmáticas sobre la fe y la moral.

De esta segunda personalidad se deriva la fuerza, la solidez, la constancia, la verdad, la luz, el amor, la vida del Vicario de Jesucristo en la tierra. Considerado el Papa al través de ese prisma, del prisma de la revelación y de la fe, se explican sus obras, sus triunfos, su duración, su dominio que viene al tiempo y al espacio, su ascendiente moral, su grandeza, su QUID DIVINUM, ese poder y autoridad superiores al de todos los reyes y emperadores del mundo, los más grandes que en la tierra existen, pues para encontrar otro mayor poder han que subir al cielo, y buscarlo en Dios; porque no hay poder, ni autoridad, ni persona alguna que pueda interponerse entre Jesucristo y su Vicario, entre Dios

y el Papa.

¿Cuál hubiera sido la obra de Pedro en la Roma de los Césares, si no hubiese ido investido de esa autoridad, de esa personalidad augusta? Pero aquel débil e inerte anciano, sudoroso, apoyado en tosco báculo, era el enviado de Dios, el Vicario de Jesucristo, el Papa. Asistido del cielo, y sin más armas que una Cruz, implanta la Religión de Jesucristo en la capital del mundo, eligiéndola como centro del catolicismo. Y bien pronto Roma había albergado los dioses todos: paganismo, abraza la nueva Religión y confiesa la unidad de Dios, adora como Dios y Hombre verdadero a Jesucristo crucificado. Sobre las ruinas y escombros de los templos de Venus, alzáronse majestuosas las Iglesias cristianas en honor de la Inmaculada; y a la generación de las doncellas y matronas romanas, víctimas del lujo, del sensualismo y el vicio, sucedió la casta y purísima generación de vírgenes cristianas que exhalaban fragancias de candor, y aromas de pureza. Y a la esclavitud sucedió la libertad, y al odio la mansedumbre, y a la depredación y a los despojos la caridad y la limosna. Y el palacio de los Césares vió entrar la nueva Religión dentro de sus muros; y la guardia pretoriana tinta siempre en sangre, depuso su ferocidad y se revistió de dulzura.

No importa que a Pedro y a sus sucesores costara la realización de la magna obra torrentes de sangre. Esa sangre bañó al mundo y lo fecundizó; y sobre las ruinas del paganismo germinó la semilla y surgió la verdadera civilización del cristianismo, a la que debe Europa todas sus grandezas y glorias. Y de Europa pasó al nuevo mundo, y llegó a Filipinas, que con la nueva Religión recibió el progreso y la civilización que tanto la elevaron sobre las demás naciones orientales.

Esa es la obra de Pedro y sus sucesores en favor del mundo. Manifiestemos nuestro amor, nuestra gratitud y filial cariño al Vicario de Cristo en la tierra, mediante nuestra obediencia, nuestra inquebrantable adhesión, nuestra reverente sujeción a sus disposiciones y enseñanzas, y nuestras oraciones para que Dios lo conserve y libere de sus enemigos.

EL SOLITARIO.